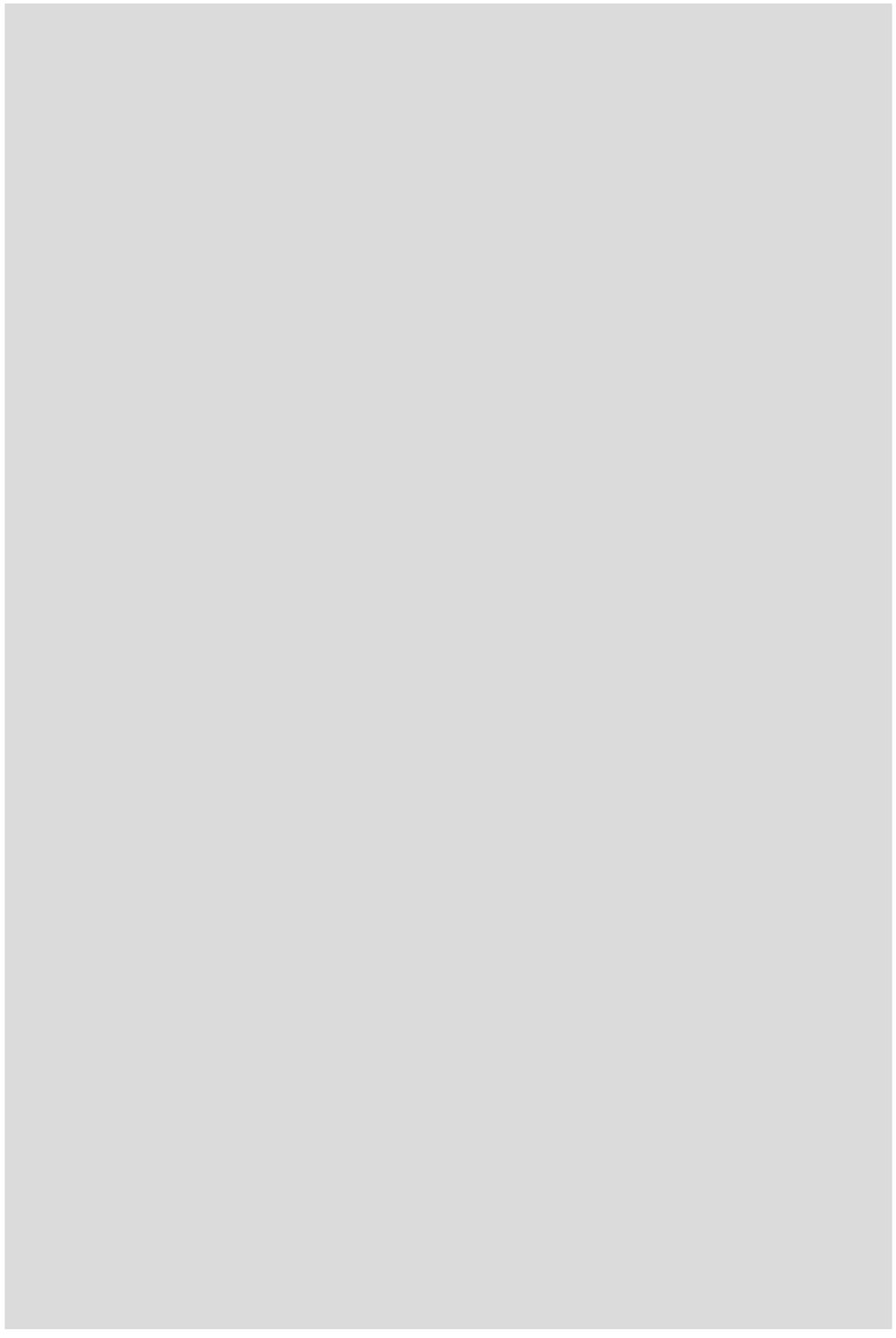


☺☐☐☐☐☐☐☐☐

Andrés Bonilla G.



Capítulo 1

Había fallado.

Tenía solo una misión, y está termino siendo la única en su larga vida que terminó en fracaso. «Jamás perdí. Era el mejor. Ahora falle», se había repetido entre pensamientos erráticos desde que cruzó un puente Måns para llegar al concejo de los doce, un grupo selecto que tenía la mayor autoridad en su sociedad.

—¿Estado de la misión? —interrogó uno de los encapuchados que se hallaban rodeándolo en un círculo medido con exactitud.

—Fracaso —«Fracaso, fracaso, fracaso», respondió repitiéndose la misma palabra logrando una tortura mental por mano propia.

Una serie de lupas de diferentes tamaños se mantenían en el aire por cables metálicos, instrumentos de antaño que servían para transportar la lejana luz que parecía inalcanzable. El resto de la sala redonda estaba sumida en una oscuridad apenas distinguible. Los ojos pardos de Gwyddyon apenas podían divisar a Los Doce y las escaleras en espiral que iban en ascenso.

—¿Razón? —pregunto otro, de voz más gruesa pero tono más apacible.

—Frustración por mano ajena.

—¿Lo identificaste? —interrogó el que aparentemente era el más anciano de los presentes.

Tres veces había estado en el mismo lugar antes, una por su admisión, otra para su ascenso y la tercera para la misión especial, y ahora para dar reporte de los resultados. Eran pocas en más de veinte años, pero se conocía a sí mismo como alguien agudo. Fácilmente era capaz de reconocer a más de la mitad de Los Doce por su voz y temperamento a la hora de hablar.

—No, pero sentí su aura, era un oni de tercera categoría.

Un silencio dominó el ambiente por unos momentos hasta que uno de ellos hablo. Él lo reconoció como uno de los pocos generosos y no egoístas que tomaban las decisiones.

—Adepto Gwyddyon, sabe a lo que nos dedicamos en esta sociedad no

natural conformada solo por adeptos humanos.

«Humanos adeptos», aún recordaba con claridad la primera vez que oyó sobre eso. Era un niño, fue fácil de aceptar para él. Las palabras provinieron de su tutor legal, un familiar lejano de parte materna.

—Las personas especiales como nosotros, humanos adeptos, se nos encargó el especial deber de proteger dos mundos que han estado en conflicto por milenios y que ahora son solo fantasías para el otro —le había dicho cuando terminó de contarle una historia sobre criaturas fantásticas y aventuras emocionantes—. Somos los guardianes.

Pero ahora las últimas palabras sonaban adornadas, como una falsa realidad que servía como miel.

—No dudamos del juicio de un leal adepto como usted, al contrario, confiamos en ello —prosiguió el mismo sujeto—. Los oni no son ciertamente frecuentes, son una extrañeza, una anomalía, más aún uno de tal categoría. No sabemos sus verdaderas intenciones, fuera el frustrarnos o la chica.

—Los tipos de oni más frecuentes son los que confunden a los que le rodean por medio de ilusiones. ¿Pudo ser el que te encontraste uno de ellos? —habló una mujer planteando una pregunta.

—No —negó rotundamente apretando sus manos—. Sospecho que una de sus habilidades era el manejo de mentes. Quién chocó con el objetivo era un diplomático.

—¿Y por qué la sospecha?

—Revise los reportes. Los frenos estaban bien el hombre tenía suficientes guardias como para que aunque sea uno de ellos tomara el servicio de ser el chófer y porque también recuerdo que había suficiente iluminación como para acreditarle el accidente a la mala visión —explicó de manera breve moviéndose un poco sobre su propio eje para mirar de frente a la mujer que escondía su rostro en la espesa sombra que le otorgaba la capucha.

—¿Y por qué un diplomático?

—Es posible que el responsable del ataque sea un alto cargo en la ley. Un oni de tercera categoría experto en control de masas, le sería fácil y nada sospechoso acercarse a la chica después de lo de hace tres días.

«Si es que no me he tardado lo demasiado», pensó. El temor de que la mitad de su vida vivida acabará en un parpadeo por no haber previsto las variables le aceleraba el pulso, le provocaba pesadillas en las noches y lo

distraían de sus deberes menores. Los Doce se comunicaban entre sí por medio de susurros y murmulos que eran imposibles de captar con claridad para Gwyddyon.

—Adepto Gwyddyon —habló el más duro en el consejo, con voz fluida y tono implacable, como si hubiera atravesado experiencias crudas y hoscas—, su misión no ha culminado aquí. La chica, Kassia Dalton, es de vital importancia, valor que le será revelado una vez haya logrado su cometido. Tráigala a salvo con nosotros y, si puede, recolecte en el camino información sobre el oni de tercera categoría.

—Esta asamblea ha llegado a su fin —anunció una voz sin origen.

Los Doce retrocedieron, dieron media vuelta y cruzaron puentes de Måns con direcciones desconocidas dejando a Gwyddyon en una casi absoluta soledad, solo acompañado por la luz tenue que se enfocaba encima de él en forma de círculo. Más de cuatro veces había tenido el pensamiento de que, con lo viejos que eran los instrumentos de reflejo y centralización, estos se desprendería y caerían encima suyo, así como ahora mismo ese temor le cruzó la mente. «Pero seguramente Charlie vendría en mi ayuda», pensó teniendo en cuenta el constante recordatorio de que su compañero lo seguía como un cachorro seguiría a su madre.

—¿Ya acabó el juicio de los vejestorios? —interrogó Charles descendiendo por las escaleras con un aparente tono de broma cuando sus sentimientos se veían azotados por un escalofrío.

—No son viejos, o al menos, no la mayoría.

—Pero no puedes negar que la manera en la que hablan los hacen parecer directores de institutos, incluso te están contagiando con ello —comentó asqueado con una mueca divertida.

Comenzaron a pisar los escalones uno por uno hasta que se hizo automático de tal manera que reanudaron su conversación.

—Es demasiado alboroto estando tan cerca del aniversario del árbol de los mundos —comentó Charles con un ligero tono de agotamiento en su hilo de voz.

—¿Demasiado trabajo?

—Demasiados inconvenientes, querrás decir —le corrigió dejando caer sus párpados con pesadez pero aún manteniendo esfuerzo en sus movimientos inferiores fijando su mirada en el camino—. Que los dioses se apiaden de nosotros.

Gwyddyon rio por lo bajo alzando un extremo de sus labios— Desde que conocemos este mundo sin sentido sabemos que todo es posible. ¿Cuál de todos los dioses? Si todos los fuertes son solo crueles.

—Cual sea que me ayude.

—Los poderosos no se hicieron poderosos por dar más lo que tienen, lo hicieron abusando de los débiles, es por eso que los dioses son poderosos —respondió rebajando su ánimo ignorando el dolor que hostigan su espalda, cuyo mal se había hecho más notorio desde que los ancianos abandonaron el lugar.

Se había asegurado de recordar la misma frase todas las mañanas por obligación y promesa hacia su maestro. «Siempre recto. Siempre fiel. Siempre obedece», recito en su mente, otra cosa que se decía a sí mismo todas las mañanas frente al espejo. ¿Por qué siempre obedecía sin oposición? No lo sabía, pero no dudaría.

—¿Puedo preguntar cómo fallaste la misión? —le interrogó su amigo inclinando su cabeza para ver una parte de su rostro—. No es normal que haya pasado eso. ¿Cuántas fueron? ¿Más de un centenar de misiones y todas exitosas?

—134, hasta hoy —lo dijo con orgullo, pero ¿lo sentía en verdad? Su cabeza comenzaba ser llenada con dudas.

—Hace cuatro o cinco misiones te encargaste de un titan recién despertado. ¿No es demasiado extraño que hayas fallado contra un oni de categoría intermedia?

Ya comenzaban a ver la luz al final del oscuro camino en ascenso. Con cada escalón subido podían divisar mejor las imágenes en la pared del costado hechas a partir de cuadros diminutos de baldosas. Gwyddyon lo consideraba un arte excéntrico y absurdo, pero valoraba la antigüedad de este.

—Fui arrogante, solo eso.

Cerca y afuera se escuchaba un sonido que no se detenía, natural, misterioso.

—Nomás repites lo que te dicen que repitas, como un mensaje subliminal, igual que hacen en la televisión y en las escuelas gracias a los astro-húngaros —comentó mostrándose de mal genio por primera vez desde que el intercambio de pensamientos por medio de palabras que habían empezado.

Solo quedaba una pequeña sala de espera con una puerta doble de aspecto simple y fácil de apartar, como las de un hospital, con ventanillas polarizadas. Una fila de sillas de plástico en cada extremo, bombillas largas en el techo y baldosas pasadas de moda.

Gwyddyon se detuvo al igual que su amigo volteando a mirarlo con sus manos aguardadas en los bolsillos de su abrigo oscuro y cálido sin hacerle falta adivinar que estaban por decirse el uno al otro.

—Hasta que el mensajero de sagitario llegue a su destino —dijo Charles con una sonrisa socarrona.

—Hasta que el mensajero de sagitario llegue a su destino —repitió él mostrando un aspecto y tono opuesto al que había poseído desde hacia bastantes horas.

El adepto reanudo su camino llegando en pocos segundos a la salida apartando las puertas para encontrarse un desierto de nieve, una ventisca violenta y la luz del día que nunca desaparecía. Las puertas se cerraron yendo hacia adelante y hacia atrás hasta cerrarse por completo dejando un pequeño rastro de copos de nieve en el suelo amarillo pálido.

—A decir verdad, nunca me acostumbrare a este mundo —confesó Charles para sí mismo rascándose la nuca.